

Los olivos

En un domingo de noviembre, mientras las nubes que bajan de las Mesas la Canaleja a la Era Grande dejan caer sobre nosotros una lluvia vaporosa, mi padre me cuenta que mi abuelo y su familia vivieron de los pocos cientos de olivos que tenemos antes nosotros y de dar jornales talando, desvaretando o arando olivos ajenos. Mi abuelo dejó aquellas tierras cuando se casó para poner una taberna, pero siempre guardó hacia ellas un amor agradecido que quiso transmitirnos a nosotros. Un día al año, con la excusa de coger las aceitunas del verdeo, nos llevaba a toda su familia a la sierra y él, hasta cuando ya casi no podía andar por su casa, se perdía de nosotros y se iba por las antiguas veredas de herradura o incluso a campo traviesa, como imbuido de una fuerza sobrenatural, a ver entera la quebrada tierra en la que había crecido y se había hecho un hombre.

La de mi abuelo ni ha sido ni es una historia insólita. A día de hoy muchos hombres y mujeres viven de la sierra, donde la tierra es pobre, donde el suelo es casi vertical, donde hay unos olivos escuálidos plantados hace sólo unos 150 años en lo que fue una epopeya enorme que todavía está por escribir.

Y, sin embargo, ahora que van a reformar la OCM del aceite, no oigo a la Junta de Andalucía, ni a los partidos políticos, ni a las organizaciones agrarias, ni en la prensa hablar de estos olivos pobres y de pobres, sino de los otros olivos, y entonces pienso que es como poner el grito en el cielo porque le quitan la beca a un estudiante listo y con posibles que la ha tenido desde siempre para dársela a un estudiante pobre, quizá no muy listo, pero voluntarioso.

Este silencio molesta: la injusticia no es tanto por el dinero –que también– como por el olvido.